

Una revisión histórica de la inflación argentina y de sus causas

Mario Rapoport

Los índices de inflación que se manejan en el país pueden no ser creíbles, pero tampoco es creíble que algunos señalen que nos hallamos nuevamente en el medio de un escenario parecido al de otras épocas de la historia económica argentina. En primer lugar, la insistencia en el tema inflacionario, sin negar sus reales efectos distorsivos sobre la economía y, en particular, sobre la distribución de los ingresos, tiene un matiz ideológico. Un recordado periodista económico, Enrique Silberstein, que no carecía del sentido del humor que hoy les falta a muchos de sus colegas de los medios, decía en los años 70: “Nos pasamos la vida hablando contra la inflación, todo gobierno (y todo ministro de Economía) lo primero que promete es combatir la inflación (...) Y, si uno se fija bien, el ataque a la inflación va dirigido al incremento de los costos, o sea al aumento de sueldos y salarios. Jamás se ha combatido la inflación diciendo que se debe al crecimiento de las ganancias (...) nadie se ha preguntado si las ganancias tenían sentido y si eran económicas”.¹ Así, por ejemplo, toda la discusión sobre el tema de las retenciones giraba en torno de ganancias extraordinarias y de la inflación importada que esas ganancias introducían en el país.

Otra cuestión esencial para comprender el problema, más allá de las expectativas creadas también por sectores interesados que alientan la espiral inflacionaria, es analizar la relación entre el fenómeno de la inflación y el crecimiento económico. En este sentido la experiencia argentina permite hacer algunas comparaciones elementales que ayudan a comprender mejor las vinculaciones entre ambos factores, ahora y en el pasado reciente.

La inflación y sus causas

Se denomina inflación a un aumento del nivel general de precios. Usualmente se calcula a partir de los incrementos porcentuales del costo de vida, es decir, cuánto varía la suma de dinero que paga un consumidor por un conjunto representativo de los bienes y servicios que adquiere habitualmente. Si el nivel general de precios baja en lugar de aumentar, se trata de deflación, fenómeno que puede ser más indeseable que la inflación, porque genera desocupación, quiebras y depresión económica. La Argentina ha sufrido ambas a lo largo de su historia, especialmente procesos inflacionarios.

Keynes sostenía que la moneda no tenía “[...] más importancia que por lo que ella [permitía] adquirir. Así, una modificación de la unidad monetaria que se aplica uniformemente y afecta a todas las transacciones de una misma manera no tiene consecuencias”. Sin embargo, “la modificación del valor de la moneda, es decir, un cambio del nivel de precios, importa a la sociedad en el momento en que su incidencia se manifiesta de manera desigual”.² O sea, alterando los precios relativos. En este sentido, la inflación afecta más el reparto de las riquezas, mientras que la deflación la producción de bienes.

Sin embargo el mismo Keynes no desconoce los efectos redistributivos de la deflación (como tampoco los efectos negativos de la inflación sobre la producción), como lo menciona en su *Teoría General*. Allí señala que una reducción de salarios

· Director del Instituto de Estudios Históricos, Económicos, Sociales e Internacionales (IDEHESI) del Conicet-UBA. Investigador Superior del Conicet. Profesor Titular Consulto de la Universidad de Buenos Aires.

¹ Ver Silberstein, E. (1979).

² Keynes, J. M. (1997a), p. 69.

nominales y una caída de los precios implican una redistribución de ingresos hacia los sectores más ricos de la sociedad (incluso la transferencia de empresarios a los “rentistas”), lo que reduce la propensión a consumir de la comunidad en su conjunto y trae efectos recesivos. Lo mismo, desde una vereda opuesta, Irving Fisher señala que una deflación significa una transferencia de ingresos hacia los acreedores que, justamente, por su entidad de tal, son los que menos consumen.³

No alcanza un traje de talla única para explicar a la inflación. No sólo porque son numerosas las causas que la pueden disparar, sino también porque los procesos inflacionarios no son neutrales; constituyen subas generales de precios pero provocan, como dijimos, transferencias de recursos de unos sectores a otros. Indagar cómo ocurren estas transferencias y cuáles son los grupos ganadores y perdedores, revela mucho acerca de la naturaleza de la inflación –o de la deflación- en las distintas etapas de la historia económica argentina.

Si la inflación es un problema que reconoce múltiples causas, recomendar un remedio sin un análisis detallado es un acto de curanderismo, o esconde, en realidad intereses concretos. No se puede negar, en todo caso que constituye un fenómeno complejo y que existe en el país una arraigada cultura inflacionaria. Pero, sobre todo, desde el punto de vista de la política económica, la inflación se convirtió en la Argentina en el caballito de batalla de muchos presidentes y ministros de Economía para justificar medidas de estabilización, ajuste o austeridad, como se las llamó en distintos momentos.

Las explicaciones ortodoxas y heterodoxas

Un tipo de explicación del fenómeno inflacionario se refiere a la inflación de demanda, que se presenta si la demanda agregada supera a la oferta agregada y ocurre en momentos en que la economía está funcionando a plena capacidad y con pleno empleo. Otra explicación conocida es la llamada inflación de costos, que se produce cuando el costo de la mano de obra o de las materias primas se encarece y para mantener su tasa de beneficio los productores incrementan los precios. También pueden existir procesos inflacionarios con estancamiento productivo (la estanflación) o con una tasa permanente de desempleo estructural.

Pero, para la economía ortodoxa, la inflación depende ante todo de una emisión monetaria por sobre la tasa de crecimiento de la economía. Cualquiera sea la razón inicial del aumento de los precios –se señala-, si el Banco Central pone más dinero en manos del público, éste aumentará sus compras y convalidará la inflación.⁴ Los salarios, el gasto público y la expansión monetaria actúan como causas de la inflación al generar demandas que presionan sobre el mercado y elevan los precios. En los discursos y las acciones de economistas o funcionarios de la corriente monetarista se parte de clásicas posturas para atacar la inflación: terminar con el déficit fiscal, reduciendo el gasto público y aumentando los impuestos al consumo; no emitir moneda, y congelar los salarios. El diagnóstico es evidente: el consumo de las masas, vía aumento de salarios o mayor gasto público, crea presiones insostenibles en los precios.

Una pregunta esencial cuando se analiza la inflación como un fenómeno de mercado es si se trata de un exceso de demanda o de una insuficiencia de oferta. Esto, que parece lo mismo, trae dos tipos de soluciones diametralmente opuestas. Si hay demasiada demanda, lo adecuado es reducirla recortando gastos, constriñendo la cantidad de moneda y bajando salarios. Pero si es un problema de falta de bienes y servicios, esa política es absolutamente contraproducente, pues agrava la situación. La única política pertinente es ampliar la producción de manera global o en sectores específicos que generen los cuellos de botella.

³ Keynes J. M. (1977) originalmente 1936. Cap. XIX; Fisher, I. (1933), pp. [337-357](#).

⁴ Un desarrollo más acabado de la teoría de la inflación como un fenómeno estrictamente monetario puede encontrarse en Friedman (1963).

Contemplando este tipo de problemas, en los años 60 surgió un nuevo concepto de inflación planteado en la Argentina por el profesor Julio Olivera y seguido, entre otros economistas destacados, por Aldo Ferrer. Este tipo de inflación, propio de países como el nuestro –decía Olivera– no es de origen monetario sino estructural y obedece, sobre todo, a rigideces y asimetrías de la economía, como el estrangulamiento en la balanza de pagos. Una mirada estructural no identifica el problema fundamental de la Argentina sólo con la inflación sino con un conjunto de otros problemas, como la distribución del ingreso, los cuellos de botella en el sector externo y en las cadenas productivas, la generación de tecnología propia o la acumulación de capital.

La inflación estructural es una característica particular de los países subdesarrollados con problemas en el sector externo. Y si el diagnóstico ortodoxo era equivocado las políticas propuestas también lo eran. Un ejemplo es el de la inflación de origen externo, que aparece después de una devaluación (o de un aumento excepcional de los precios de los bienes de exportación) y provoca un incremento de los ingresos de los exportadores, en nuestro caso principalmente del sector agropecuario, que trasladan los mayores precios que reciben en moneda argentina al mercado interno, lo que puede ser controlado en parte por tipos de cambio diferenciales o por derechos de exportación, como las llamadas retenciones.

Otra cuestión es la relación entre un aumento de los precios y el poder monopólico que ciertas empresas tienen sobre sus mercados. Cuando se anuncia que no se darán aumentos de salarios para evitar el desencadenamiento de un espiral precios-salarios no se menciona la posibilidad de reducir las ganancias de las grandes empresas formadoras de precios. Esto no lo dicen los economistas ortodoxos, que advierten sobre los peligros de un aumento de salarios pero nunca cuestionan las superganancias.

Repasar brevemente la historia de la inflación en la Argentina, diferenciando la naturaleza histórica de su génesis en cada uno de los períodos relevantes de su historia económica constituye un buen ejercicio para comprender mejor este fenómeno.

La inflación durante la etapa agroexportadora

La Argentina acumuló una larga experiencia inflacionaria, y también algunos episodios de deflación. En la etapa del modelo agroexportador, entre 1880 y 1930, los mercados externos determinaban en gran medida el nivel interno de precios, ya que la escasa producción industrial no hacía posible sustituir las importaciones. Por lo tanto, los aumentos de los precios internacionales se transmitían rápidamente al sistema de precios domésticos. Entre los factores internos de la inflación se contaban las sequías que magreaban el ganado y las cosechas, y las devaluaciones del peso. Éstas últimas incrementaban los precios de los bienes importados, desde el carbón usado como combustible hasta los bienes de consumo; y también de los exportables, como la carne y el trigo, que integraban la dieta habitual de los habitantes del país.

Después de una fracasada experiencia de adopción del patrón oro, entre 1883 y 1885, los precios de los bienes de consumo comenzaron a aumentar, y mucho más en 1887-90, debido a la constante depreciación del peso. Los llamados bancos garantizados, impuestos en 1887 por el gobierno de Juárez Celman, emitían moneda descontroladamente sobre la base de oro tomado en préstamo en el exterior; y la especulación sobre tierras, acciones de compañías de ferrocarriles, obras públicas, y otros activos llevaba los precios a las nubes. Esta fiebre culminaría con la crisis de 1890. En aquellos tiempos no se calculaba el índice de precios al consumidor pero se estima que en 1889 éste habría aumentado más del 30%, y cerca del 50% en 1891, cuando la devaluación alcanzó al 54%.⁵

“¡Los alquileres de sus casas y los precios de las ropas han ido subiendo sin

⁵ Williams J. H. (1920), pp. 11, 146, 154.

cesar! [...] Vivir en esta ciudad (Buenos Aires) es ahora tan caro que la menor reducción de los salarios pesa terriblemente en las clases humildes, pero los accionistas de Londres tienen que recibir sus sabrosos dividendos, hechos sin duda más sabrosos”, decía un diario británico de la época en un artículo que reproduce el historiador canadiense H. S. Ferns.⁶

Roberto Cortés Conde sostiene la tesis monetarista al señalar que las recurrentes crisis del modelo agroexportador fueron originadas por emisiones monetarias y no por desequilibrios en el balance de pagos. Aplica el modelo de las “expectativas racionales”, según la cual por el aumento del crédito y la oferta monetaria el público compraba oro ante las perspectivas de devaluación de la moneda, producto de la mayor oferta monetaria. Lo cual conducía al agotamiento de las reservas y a la apreciación del peso.⁷

En la misma época, José Antonio Terry, que fue ministro de Hacienda entre mediados de 1893 y de 1894, planteaba la cuestión de una manera diferente: el desorden monetario, las crisis financieras y los procesos inflacionarios de entonces estaban estrechamente relacionados al endeudamiento externo, Decía Terry refiriéndose a la crisis de 1873-75, “Las causas de la crisis [...] caracterizaron, en parte, el período de expansión. El metálico importado al país por razón de la guerra del Paraguay, el Empréstito de Obras Públicas [...] produjeron plétora circulatoria [...] suba en todos los valores, especialmente en las tierras, mayor actividad comercial y por último especulación.”⁸

John H. Williams, un economista norteamericano que estudió entre 1916 y 1918 el comportamiento del sector externo de la economía argentina en las dos últimas décadas del siglo XIX, desarrolla esta idea más acabadamente en una tesis universitaria presentada en la Universidad de Harvard en 1920.⁹

Casi de inmediato, estos argumentos son retomados por un joven Raúl Prebisch, en varios artículos donde criticaba las concepciones monetaristas ortodoxas del reputado catedrático Norberto Piñeiro. Scalabrini Ortiz resaltará más tarde los estragos que en ese mismo sentido causa un episodio anterior: el primer crédito importante concedido al país (más exactamente a la provincia de Buenos Aires); el empréstito Baring de 1824.¹⁰

Los fenómenos inflacionarios que acompañaron la crisis de 1890 volvieron a repetirse durante la Primera Guerra Mundial. Pero es necesario remarcar en este período la escasez que acarreó la caída del comercio externo y el contagio de la inflación internacional de aquellos años. Basta decir que entre 1913 y 1918 los precios mayoristas crecieron 300% en Italia; 240% en Francia; 130% en Gran Bretaña y 90% en Estados Unidos.¹¹ En 1918, cuando finalizó la guerra, la inflación argentina fue del 26%, cifra inédita para la época, pero concordante con la del escenario externo.¹²

Luego, los precios descendieron y entre 1921 y 1929 se redujeron en un 30%, aunque quedaron muy por encima de los vigentes antes de la guerra.¹³ Se produjo una revalorización del peso y la vuelta al funcionamiento, por muy corto tiempo, de la Caja de Conversión. Pero esta experiencia fracasó rápidamente. Ya en aquella época un tipo de cambio fijo y convertible, atado a un patrón monetario internacional, era ilusorio, como lo demostró el crac de la bolsa de Nueva York, en octubre de 1929: allí dio comienzo a una profunda depresión que iba a durar más de una década.

⁶ Ferns, H.S. (1974), p. 444.

⁷ Cortés Conde (1989), p. 217.

⁸ Terry, J. A. (1893), pp. 20-21.

⁹ Economista de una larga trayectoria las ideas de Williams van a influenciar luego las discusiones de Bretton Woods sobre la creación de los organismos financieros internacionales para la segunda posguerra. Ver Brenta, N. (2008).

¹⁰ Prebisch, R. (1991); Scalabrini Ortiz, R. (2001).

¹¹ Asselain, J. Ch. (1995). p. 51.

¹² Ver Asensio, M. (1981).

¹³ Díaz Alejandro, C. (2002), p. 352.

En síntesis, tanto la inflación previa a 1920 como la estabilización y baja absoluta de precios posterior se debieron a razones exógenas, ligadas a la evolución de los precios internacionales y a los niveles de endeudamiento externo. Por entonces, la Argentina tenía una economía abierta, plenamente integrada al mundo, y todos los procesos y movimientos que se producían en el mercado internacional terminaban reflejándose en forma inmediata y automática en la economía nacional.

Pero una vez estallada la gran crisis internacional, en los años 30, la economía fue cerrándose gradualmente, en el marco de una economía mundial en paulatino deterioro. Los precios de los productos de exportación cayeron aún más y se produjo un fenómeno de deflación, con su secuela de quiebras y desocupación. En sólo dos años, 1931 y 1932, el nivel de precios descendió un 23%, y en 1934 otro 11%.¹⁴ Recién en 1935 las políticas introducidas a través de los flamantes organismos reguladores de granos y carnes y del Banco Central, lograron frenar la deflación.

Los ciclos y la inflación: de la segunda posguerra hasta los años 70

Con la depresión y luego la guerra todos los países se replegaron sobre sí mismos. Desde este momento, si bien los factores externos continuaron influyendo sobre el comportamiento de la economía doméstica, ya eran insuficientes para explicar la inflación. Aunque se conservaban algunos rasgos de la época agroexportadora, las condiciones estructurales habían cambiado y también la configuración social. A partir de la década de 1940 se intensificó la industrialización y también se definieron cambios explícitos en la distribución de los ingresos.

Las políticas salariales activas y las inversiones estatales aumentaron la demanda pública y privada. Pero la producción se mostraba incapaz de acompañar este incremento, especialmente en aquellos rubros que respondían a las mejoras en la distribución del ingreso. La economía se topaba con la rigidez de la oferta. En ese largo tramo de casi treinta años los factores externos resultan ya insuficientes para explicar el fenómeno inflacionario. Si bien la economía conservaba un importante sector agroexportador, se había vuelto menos abierta al mundo. El empuje inicial de la inflación estaba dado ahora por una conjunción de elementos internos y externos.

Por un lado, con el peronismo la existencia de políticas activas en la cuestión salarial y el nuevo rol de los sindicatos, así como la acción estatal en materia de inversiones, locales o extranjeras, determinaron un aumento de los consumos públicos y privados y una puja por la distribución de los ingresos. El conflicto social se potenció luego de la caída de Perón, así como también la inestabilidad política.

Por otro lado, en las etapas de auge de la industrialización se incrementaban las importaciones para comprar bienes de capital e insumos básicos, y se reducían las exportaciones de productos del agro –cuya oferta era inelástica–, debido a la mayor demanda interna originada en la suba del salario real y del poder adquisitivo. Todo esto llevaba a una devaluación, que provocaba un aumento del precio de productos exportables e insumos importados, dando comienzo a una espiral inflacionaria.

Se iniciaron entonces los conocidos ciclos *stop & go*, consistentes en despegues parciales que al cabo de algunos años perdían dinamismo no sólo a causa de la rigidez de la oferta, sino también por el estrangulamiento de divisas y la creciente brecha fiscal. Las devaluaciones asociadas a las crisis de balance de pagos alimentaban la inflación, y los desequilibrios externos daban lugar a la aplicación reiterada de planes de ajuste.¹⁵

Básicamente, los planes se iniciaban con un reacomodamiento de precios relativos lanzado desde el Estado a través de devaluaciones cambiarias, aumento de tarifas públicas e impuestos, que acentuaban la inflación y producían una caída del salario real. Luego el gobierno de turno anunciaba el programa de ajuste y trataba de

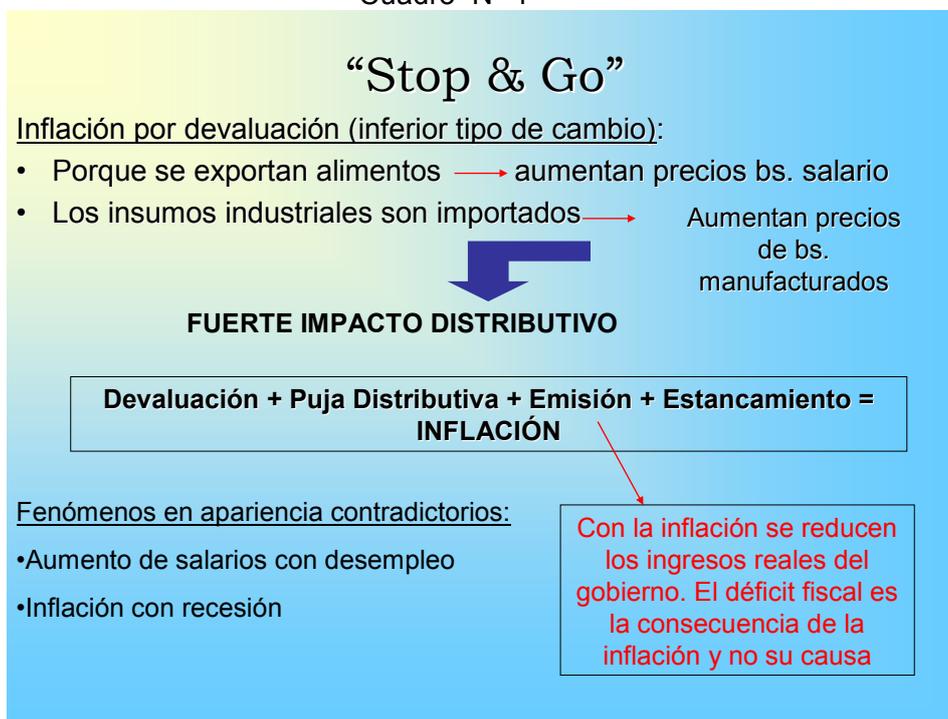
¹⁴ Cf. Asensio (1981).

¹⁵ Sobre esos ciclos ver Braun. O y Joy, L. (1968).

congelar las nuevas relaciones de precios e ingresos, prometiendo que esta vez el sacrificio de la población llevaría al saneamiento y despegue definitivo de la economía. Tras una recesión en la que la atonía de la demanda y el tipo de cambio alto disminuían las importaciones y la inflación más o menos se estabilizaba, comenzaba la reactivación. La capacidad de mantener la expansión duraba tanto como la conservación de saldos comerciales positivos y la obtención de préstamos en divisas - que aumentaban la deuda externa- y de inversiones directas, cuyo pago de intereses, amortizaciones y dividendos exigía aun más divisas.

Pero el tipo de cambio se atrasaba, las importaciones se aceleraban, y comenzaba la salida de capitales para evitar que la devaluación subsiguiente recortara las ganancias en dólares. Ya entonces se esbozaba la próxima crisis de pagos. Los industriales practicaban aumentos preventivos de precios y retención de mercaderías; el Banco Central aumentaba las tasas de interés para tratar de evitar la fuga de capitales y el clima se tornaba caótico e inflacionario, hasta que la inevitable devaluación o seguidilla de devaluaciones indicaba el fin del ciclo. La inflación se aceleraba nuevamente, esta vez ya no digitada desde el gobierno, como en la etapa previa al lanzamiento del plan, sino desordenada e impulsada por los mercados. Al cabo de un tiempo el gobierno de turno anunciaba nuevos ajustes para “remediar los desbordes previos”.

Cuadro N° 1



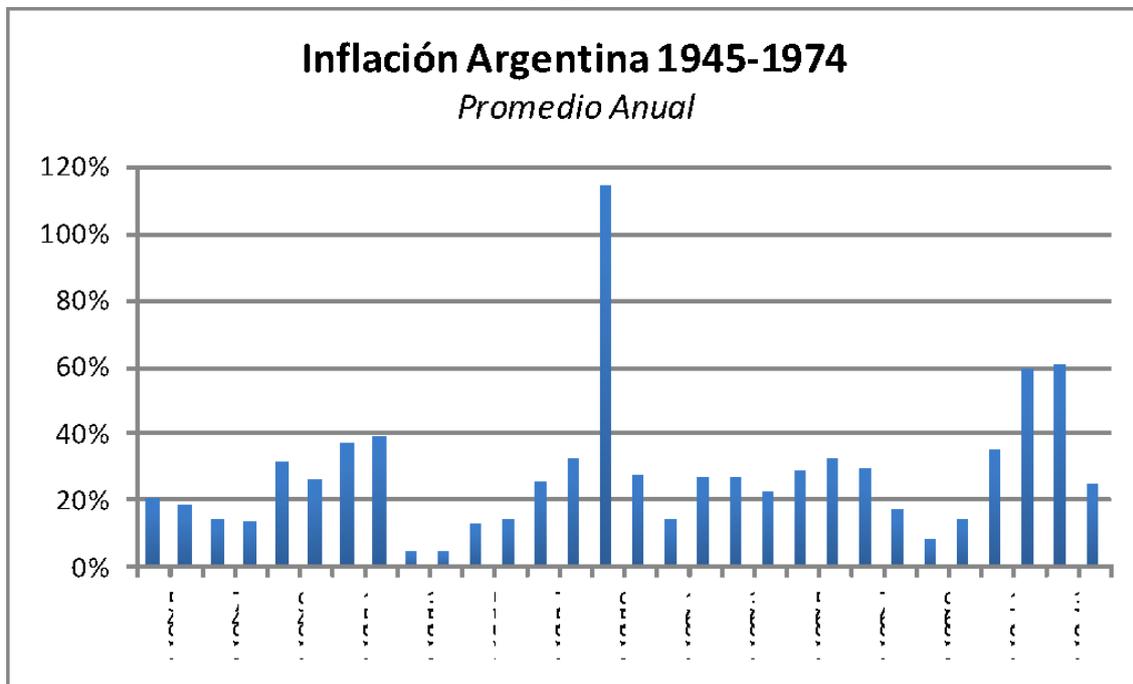
Fuente: Rapoport, M. (2010).

Estos ciclos se repitieron en las décadas del 50 y del 60, pero excepto el primer período de crisis, entre 1949 y 1952, todos los demás fueron simultáneos a acuerdos con el FMI, y siguieron las políticas acordadas con este organismo. La experiencia argentina demostraba que los efectos negativos de la devaluación sobre los niveles de absorción interna podían ser mayores que el impulso que ésta brindaba a ciertos sectores productivos a través del reacomodamiento de los precios relativos. Este proceso, en conjunción a una oferta relativamente inelástica del sector agropecuario, generaban una espiral inflacionaria de carácter eminentemente estructural.

Entre 1945 y 1971 la tasa de inflación de la Argentina promedió el 25% anual. Con un pico menor de 3,8% en 1954, durante el peronismo, y uno mayor, excepcional, del 113% en 1959. Luego, entre 1971 y 1973, el promedio se elevó al 60%, debido,

entre otras cosas, a la incidencia de la suba internacional del precio de la carne, un producto clave de exportación.¹⁶ Con todo, entre 1964 y 1974 se registraron 10 años de crecimiento continuo del PBI, con tasas que llegaron a alcanzar picos de entre el 8 y el 10%. Inflación sin crecimiento (o con caída del PBI) sólo hubo en 6 de los treinta años que mencionamos.

Gráfico N° 1



Fuente: INDEC

Algunas consecuencias de la política antiinflacionaria: los planes de ajuste

Los economistas ortodoxos y sus sucesores de los años '90, los neoliberales, han puesto la estabilidad como un pilar de la política económica. Admitimos ya que la inflación es dañina, pero también es imprescindible aclarar sus causas concretas en contextos específicos, debido a dos motivos. El primero es insertar la lucha contra la inflación en el lugar que le corresponde dentro de los objetivos de política económica: crecimiento económico, distribución del ingreso, inversión productiva, pleno empleo, eliminación de la pobreza, etcétera.

El segundo motivo tiene que ver con recetas adecuadas que hagan recaer las restricciones sobre quienes generan la inflación o se benefician con ella. Por lo general, el paliativo para el fenómeno inflacionario fue, en cambio, un recorte deliberado de la demanda agregada, es decir, una reducción de salarios y del gasto público, contracción monetaria y todo aquello que permitiera equilibrar la oferta de bienes y servicios en relación a una demanda supuestamente incrementada en forma artificial. Todavía se recuerda el discurso del ministro Álvaro Alsogaray en 1959, en ocasión de un nuevo plan antiinflacionario: *“Estamos viviendo de los préstamos extranjeros. Las medidas en curso, la contracción drástica de los gastos del gobierno y los grandes recursos del país permiten, si logramos un compás de espera [...] que podamos lanzar una nueva fórmula: hay que pasar el invierno”*.¹⁷ Así, en el diagnóstico ortodoxo, la solución provenía principalmente del ajuste.

En un artículo publicado en el número 29 de la revista de la Unión Industrial

¹⁶ Ver Lavagna, R. (1979)

¹⁷ Discurso del Ministro de Economía Álvaro Alsogaray, *La Nación*, 29 de Junio de 1959.

(“La inflación argentina y su trasfondo social y político”) Carlos A. Coll Benegas, que también fue ministro durante pocos meses en 1962, subrayaba que las verdaderas causas de la inflación argentina no eran los términos del intercambio o el déficit de la balanza de pagos ni del presupuesto. La inflación argentina tenía su origen en el *“tremendo egoísmo que caracteriza a sus grupos sociales”* y se desencadena *“a través de la política salarial peronista”*. Ese aumento –continuaba Coll Benegas– *“significó que el sector obrero obtuvo una mayor participación en la renta nacional a costa de otros sectores”*. En consecuencia, *“los perjudicados –clase media y agricultores– trataron de recuperar su posición. Así se establece una puja que ahora se ha agravado”*. Nuestra inflación –sostenía– no es otra cosa que la expresión externa de ese fenómeno social. *“El aumento de los salarios aumenta los costos, luego los precios y entonces se hace necesaria mayor cantidad de dinero para financiar ese aumento”*. El incremento del costo de vida, es consecuencia de la suba de los salarios y no a la inversa *“El mayor poder adquisitivo de los obreros provoca el alza [de precios]”* y no se puede corregir el efecto sin extirpar la causa. En definitiva la solución para frenar la inflación es *“inevitablemente un descenso en los salarios reales [que] tendrá que producirse a través de un reajuste del tipo de cambio”*. Coll Benegas daba también su definición del perfil de país: industria y agricultura son recíprocamente necesarias y convenientes. *“Pero la base de nuestro desarrollo debe fincarse en la producción agropecuaria”*, porque es la que mejor compete en el mundo.¹⁸

Por esa época, Raúl Prebisch, que en 1955 había criticado las políticas peronistas, ahora cuestionaba desde la perspectiva de la CEPAL esas visiones ortodoxas, llamando la atención sobre su carácter fundamentalista y casi religioso *“En los adeptos a este tipo de política antiinflacionaria, tanto desde quienes la sugieren desde afuera como en los que la siguen dentro de esta dura y azarosa realidad latinoamericana, se reconoce a veces la noción recóndita de la redención del pecado por el sacrificio. Hay que expiar por la contracción económica del mal de la inflación, solo que a menudo el castigo ortodoxo no recae sobre quienes la desencadenaron o medraron con ella, sino sobre las masas populares latinoamericanas que venían sufriendo sus consecuencias”*.¹⁹

La inflación en los países periféricos durante los procesos de industrialización tenía una explicación distinta que la que atribuía a los aumentos salariales su causa principal, aunque esos incrementos pudieran generar pujas redistributivas que nunca terminaban favoreciendo a los asalariados. El problema residía más bien en el sector externo. Existía una acuciante escasez de divisas, porque se producía y exportaba sobre todo materias primas, con precios muy variables en el corto plazo y determinados en los mercados internacionales. Pero se importaban bienes industriales de capital e insumos de precios más estables. Así, mientras que los valores de las exportaciones subían y bajaban periódicamente, aumentando o disminuyendo los ingresos de divisas, no ocurría lo mismo con las importaciones. Esto tornaba muy fluctuantes los saldos del comercio exterior y restringía, por lo tanto, la disponibilidad de divisas genuinas no provenientes del ingreso de capitales por préstamos o inversiones directas o especulativas. Estaba directamente relacionado con la inflación cambiaria, que surgía cuando la devaluación se trasladaba a los precios. A su vez, raramente los países periféricos desarrollaban tecnologías de punta; la innovación productiva dependía del licenciamiento, compra o algún otro tipo de recepción de tecnología del mundo desarrollado, lo que requiere aún más divisas.

Por todo esto, cuando un país periférico emprendía un proceso de crecimiento sus requerimientos de divisas para importar aumentaban fuertemente, mientras que sus exportaciones, sujetas a una oferta poco flexible, no lo hacían del mismo modo. A poco que una economía periférica quería despegar aparecía la escasez de divisas. A menos que los gobiernos tomaran medidas para orientar selectivamente las

¹⁸ Citado en Frigerio, R. (1966), pp. 19-20.

¹⁹ Prebisch, R. (1963). p.128.

importaciones a favor de las más necesarias para el crecimiento, este proceso tarde o temprano desembocaba en una crisis de pagos internacionales. Para recuperar el equilibrio externo, especialmente si el tipo de cambio se mantenía atrasado, había que devaluar la moneda doméstica, lo que daba paso a una inflación de origen cambiario. En países como la Argentina, donde buena parte de los bienes exportables son al mismo tiempo productos de consumo básico, la inflación posterior a la devaluación cambiaria también se producía porque los exportadores aumentaban sus precios de venta en el mercado interno en la misma proporción en que se incrementaban sus ingresos en divisas medidos en la moneda local.²⁰

Pero éste no es el único rasgo de una inflación estructural. Cuando la economía de un país empezaba a crecer, también aumentaba la demanda de bienes y servicios para consumo e inversión. Los sectores beneficiados no podían en el corto plazo satisfacer la demanda aumentando las cantidades que producían y vendían si no elevaban sus precios y hasta que nuevas inversiones se concretasen y madurasen la inflación se hacía sentir.

En consecuencia, aplicar políticas antiinflacionarias contractivas, basadas en argumentos de tinte monetarista, no lograba más que exacerbar el proceso inflacionario: no se corregían los problemas de la oferta, sino sólo frenaba el crecimiento. Olivera, en referencia a la rigidez en la oferta del sector agropecuario, afirmaba que *“aún cuando las posibilidades de los métodos usuales de estabilización se aprovechen al máximo, en la plenitud de sus variados recursos, no podrá conseguirse, sin embargo, una estabilización completa y durable si no se logra acelerar el progreso tecnológico en la explotación del suelo”*.²¹ En definitiva, la política contractiva no hacía más que acentuar las presiones inflacionarias. En un escenario recesivo, la adaptación de los precios relativos al nuevo equilibrio presentaba una fuerte resistencia, en tanto y en cuanto la contracción implicaba no sólo una caída relativa sino también absoluta de los ingresos reales de los grupos afectados, siendo la puja distributiva un factor que empeoraba la situación. Por ello, no podía concebirse una política antiinflacionaria autónoma sino como una parte integrante de una política de desarrollo y transformación del perfil de la producción y la estructura económica y social.²²

La etapa de alta inflación y las dos hiperinflaciones

Desde 1975 comenzó en la Argentina la etapa de alta inflación, a partir del “rodrigazo”, plan extremo de ajuste externo y fiscal que a pesar de las alzas brutales de precios (en un solo mes, junio, la nafta subió 181% y la carne 36%) no logró la redistribución regresiva del ingreso que procuraba debido a la resistencia de los sindicatos. La dictadura militar que tomó el poder en 1976 redujo el salario real a la mitad, pero la inflación de tres dígitos persistió, alimentada, junto a otros factores, por la especulación financiera. Los mercados de oferta se volvieron más rígidos y concentrados, mientras que el cierre de industrias primarizó aún más el aparato productivo.

Con la irrupción del ideario neoliberal y la consolidación del enfoque monetarista dentro de la teoría económica, los argumentos que se esgrimían en torno a los orígenes de la inflación fueron variando y, en consecuencia, también lo hacían las políticas económicas aplicadas para remediar el virus inflacionario. Como apunta Ferrer, el dogma neoliberal, que aquí en la Argentina había asomado con Krieger Vasena y luego se concretaría con Martínez de Hoz, consideraba que la inflación tenía sus fundamentos en problemas de costos de producción y de expectativas, y que estos no podían solucionarse sólo a través de una política monetaria contractiva, sino

²⁰ Ver Díaz Alejandro, C. (1966).

²¹ Olivera, J.H.G., (1961) p. 9.

²² Olivera, J.H.G. (1964), p. 329.

que requería de un conjunto de medidas orientadas a la mejora de la competencia, el aumento de la eficiencia, la mejora del abastecimiento interno, la modificación de los patrones de demanda de consumo y, por último, acuerdos con sectores empresarios para frenar la inercia inflacionaria.²³ El objetivo de estas políticas era atacar a la inflación mediante el ajuste de las necesidades de la demanda efectiva, la eficiencia en la escala de producción y la reducción de costos.

Bajo la dictadura militar, se apeló a una fuerte disminución del gasto público y a una drástica caída en uno de los precios, los salarios, logrando bajar momentáneamente la inflación, pero a niveles anuales no menores del 150% en promedio. Aún así, la política de Martínez de Hoz implicaba un grado importante de inflación reprimida. Las dos variables claves en este sentido eran los salarios y el tipo de cambio: el Estado había fijado un nivel salarial artificialmente bajo y un tipo de cambio que otorgaba al peso argentino un valor por encima de la paridad.

El crecimiento exponencial de la deuda en divisas que generó la dictadura militar añadió una presión extraordinaria sobre la restricción externa al crecimiento, y junto a los factores enunciados en el párrafo anterior, sería el desencadenante del estallido de la política económica. La recesión se extendió a toda la década de 1980 y la inflación se agudizó hasta transformarse en hiperinflación (se considera como tal aumentos del nivel general de precios muy elevados y sin ninguna relación con las necesidades de la economía real).

Es necesario distinguir entre las dos hiperinflaciones, porque sus orígenes y derivaciones son bien diferentes. La primera ocurrió en 1989; en este año los precios al consumidor aumentaron 3.079% (comparando el índice de precios al consumidor de 1989 con el del año anterior), especialmente en el segundo trimestre los incrementos se exacerbaban (mayo 78,5%, junio 115%, julio 197%). Esta inflación siguió a la ruptura abrupta del último plan de ajuste del gobierno de Alfonsín, el plan Primavera.

Cuadro N° 2
LA PRIMERA OLA HIPERINFLACIONARIA
FEBRERO-AGOSTO DE 1989

(en % de variación)

Tipo de cambio	Tasas de interés	Costo de vida	Precios industriales	Salarios nominales	Salarios reales
3639,7	1669,8	2576,9	3207,3	1772,2	-30,1

FUENTE: Vitelli, G. (1999)

El traspaso del poder se concretaba en el marco de un recrudecimiento hiperinflacionario. Los precios subieron en el mes de julio un 197%, los salarios entre 110% y 160% y las tarifas de gas, electricidad y teléfonos (que habían quedado rezagadas frente a los otros precios) un 700%. Medio salario obrero se debía destinar al pago de servicios. Aunque en agosto la inflación descendió, la transferencia de recursos se había concretado: la participación de los asalariados en el ingreso cayó al 20% (del 43% en 1974 y el 27% en 1988). Las consecuencias de la hiperinflación fueron graves: la monetización de la economía cayó a valores ínfimos (el 3,7% del PBI en el primer trimestre de 1989 y el 1,7% en el segundo), la deuda pública interna creció en forma exponencial (a una tasa del 60% mensual promedio entre febrero y junio) y los ingresos de la Tesorería General de la Nación se redujeron violentamente en términos reales.

Algunos autores atribuyen esta hiperinflación al resultado de un golpe de mercado preparado con la ayuda de la oposición, incluyendo una rebelión fiscal, con el fin de modificar el cauce político, como efectivamente ocurrió. Lo cierto es que pocos

²³ Citado en Rapoport, M. (2008), pp. 448-449.

meses antes de la híper, en diciembre de 1988, un grupo de militares se alzó contra el gobierno constitucional; y en enero de 1989 civiles armados atacaron el cuartel de La Tablada, alegando que una nuevo golpe militar estaba en ciernes. Todos estos hechos, más la profunda y larga recesión, contribuían al malestar de la población y a enrarecer el clima político que precedió a esta hiperinflación. También es cierto que las reservas internacionales del Banco Central estaban exangües y que el gobierno carecía de los recursos para enfrentar los abultados vencimientos de la deuda pública que se avistaban en el horizonte cercano. Como se observa, las causas de la hiperinflación fueron múltiples y generaron gran controversia en la literatura económica, de la que puede concluirse que resulta simplista atribuirla a un solo factor. Antes bien, se trató de una confluencia de elementos, que, en conjunto, dieron lugar a una incontrolable corrida de los precios.

La segunda hiperinflación tuvo lugar entre enero y marzo de 1990, año en que la inflación alcanzó al 2.314%. Ella comenzó con una corrida cambiaria en diciembre de 1989, luego de que un diario financiero revelara que el gobierno lanzaría un plan de dolarización. En enero, los depósitos bancarios fueron congelados y transformados en bonos externos (plan Bonex). La hiperinflación licuó la deuda cuasifiscal en pesos, y así “limpió el terreno” sobre el que un año más tarde el gobierno lanzó el plan de convertibilidad. En verdad, toda América latina padeció el flagelo de la hiperinflación.

CUADRO N°3
PORCENTAJE ANUAL DE INFLACIÓN DE LOS PRINCIPALES PAÍSES DE AMÉRICA LATINA
(precios al consumidor)

País	1982	1983	1984	1985	1986	1987	1988	1989	1990	1991
Argentina	209,7	433,7	688,0	385,4	81,9	174,8	387,7	3.079	2.314,5	84,0
Brasil	97,9	179,2	209,1	239,0	59,2	394,7	992,7	1861,6	1.584,6	475,8
Chile	20,7	23,6	23,2	26,2	17,4	21,4	12,7	21,5	27,3	18,7
Colombia	24,1	16,5	18,4	22,4	21,0	24,0	28,2	26,1	32,4	26,8
México	98,8	80,8	59,2	63,7	105,7	159,2	51,7	19,7	29,9	18,8
Perú	72,9	125,1	111,5	158,3	62,9	114,5	1.722,6	2.775,3	7.649,6	139,2
Venezuela	7,3	7,0	18,3	7,3	12,7	40,3	35,5	81,0	36,5	31,0

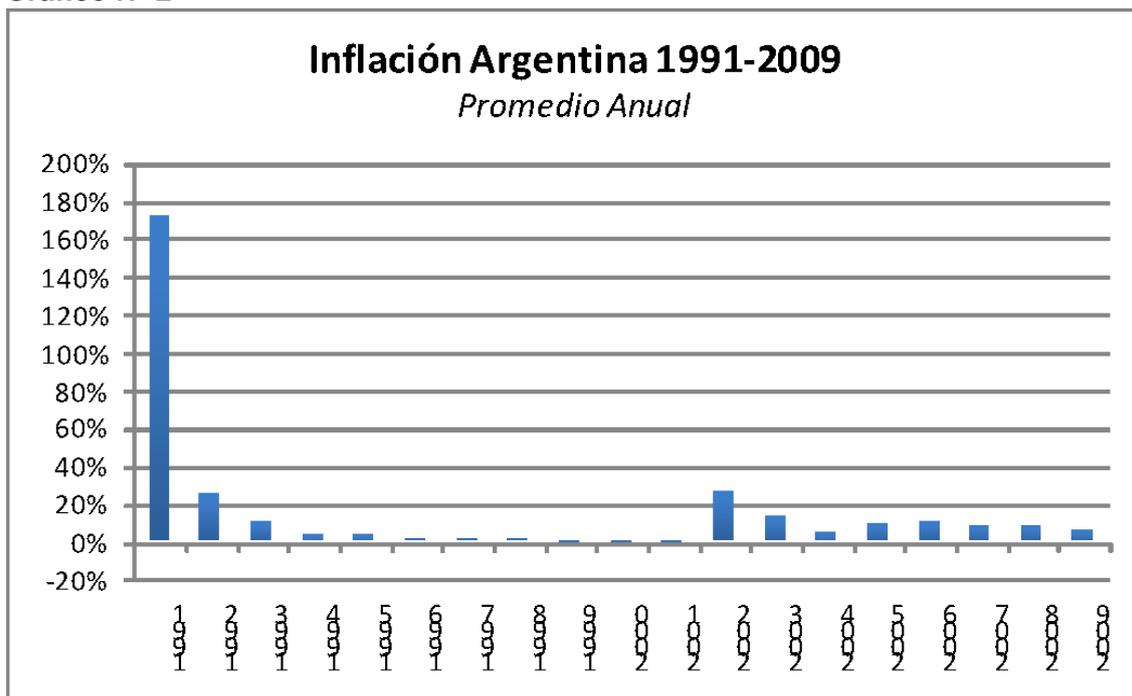
Fuente: Bulmer-Thomas, V., *The Economic history of Latin America since independence*, Cambridge, 1994.

La hiperinflación es comparable a la guerra, porque predispone a la población a aceptar medidas que antes hubiera rechazado, con tal de poner fin a la traumática experiencia. Este efecto operó sobre la sociedad argentina, que en 1991 reinició un ciclo similar a los de la etapa agroexportadora, en el que los auges y las depresiones volvieron a enlazarse con los movimientos internacionales de capitales.

La convertibilidad y su crisis. El cambio de modelo

El tipo de cambio fijo, como consecuencia de la Ley de Convertibilidad, en 1991, contuvo la inflación, pero causó otros desequilibrios, como la sobrevaluación del peso, la desindustrialización y destrucción del aparato productivo y una triplicación de la deuda externa. Desde el punto de vista social produjo, con la crisis de 2001, los mayores índices de desocupación, pobreza e indigencia de la historia argentina, junto a una inédita redistribución regresiva de los ingresos y una apropiación de los ahorros bancarios de vastos sectores de la población. Esa estabilidad buscaba, apañada por los organismos financieros internacionales, la compra barata de los activos públicos, asegurar la rentabilidad en divisas de empresas locales, transnacionales y especuladores y posibilitar la fuga de capitales, garantizando la estabilidad del peso para la entrada y salida de capitales, su principal objetivo. Por otra parte, a partir de 1999 se acentuó un proceso deflacionario, que se prolongó hasta 2001 inclusive, mientras el producto bruto se contraía sin pausa.

Gráfico N° 2



Fuente: INDEC

El resultado fue la proclamación de *default* de la deuda externa y una severa devaluación en el primer semestre de 2002 que triplicó el tipo de cambio y se trasladó gradualmente a los precios al consumidor, cuyo índice aumentó un 25.6%. Además, tuvo un carácter asimétrico porque perjudicó a determinados sectores y benefició claramente a otros. El desempleo afectó casi a la cuarta parte de la fuerza de trabajo, y por ese motivo la demanda declinó abruptamente. Sin embargo, en 2003 y 2004 los índices de precios disminuyeron (13,4% y 4,4%, respectivamente) como resultado de la recuperación económica basada en una producción que aprovechaba la capacidad instalada excedente, el bajo nivel salarial y la existencia de una fuerte masa de desocupados, aunque el gobierno diera por decreto algunos aumentos de salarios para los sectores más castigados.

En 2005 el índice de precios minoristas creció un 9.6%, por la combinación de la suba de los precios internacionales de las materias primas, el traslado a los precios de los aumentos salariales, y la recomposición de los márgenes de ganancia de las empresas, especialmente en los sectores más concentrados, toda vez que el producto bruto aumentó desde el 2003 a tasas del 8 al 9% anual y continuó al mismo ritmo hasta el 2007, aunque los índices de inflación comenzaron a ser cuestionados. Surgieron estimaciones extraoficiales tanto o más vidriosas que las mediciones gubernamentales, porque no revelan su metodología y se limitan por lo general a calcular el costo de la canasta básica, que contiene aproximadamente la tercera parte de los bienes y servicios del índice del costo de vida, y no alcanza para medir la evolución del nivel general de precios.

Sin duda, las tendencias del sistema capitalista mundial a la concentración y centralización del capital agravan factores estructurales de la economía argentina. El tipo de competencia oligopólica al interior de los mercados de bienes y servicios afecta la tasa de inflación, especialmente en épocas de demanda creciente. Cuando las ventas están en manos de muy pocas empresas –monopolios u oligopolios– éstas tienden a mantener los precios elevados y las cantidades limitadas. Como señala Joan Robinson: “*si las empresas tienen una política de competencia y si ellas disminuyen sus precios de manera de vender más, las tasas de salarios reales y la utilización de*

las capacidades existentes estarán a un nivel más alto que si esas empresas siguen con sus políticas monopolistas y procuran mantener, o incluso aumentar, sus márgenes brutos”.²⁴

Por eso, actualmente el objetivo de las leyes y organismos de defensa de la competencia es evitar la concentración excesiva de la oferta y las prácticas de colusión por parte de las firmas capaces de imponer sus condiciones en los mercados. Aunque las leyes antimonopólicas en la Argentina datan de comienzos del siglo XX -en 1923 se sancionó la primera-, los mercados de oferta están muy oligopolizados: en 2008 entre una y tres empresas concentran la mayor parte de la producción y venta de bienes de consumo masivo.

Cuadro N° 4
Índice HHI de concentración de ventas en diversos rubros

Rubro	Producto	Índice HHI*	Concentración de ventas
Aceite	Maíz, mezcla	2245 a 2332	2 empresas concentran 63%
Cerveza	Cerveza común	4563 a 4909	2 empresas concentran 81%
Comercio minorista	Supermercados (GBA)	2598	3 empresas concentran 81%
Conservas	Pescado (caballa)	1685 a 1779	2 empresas concentran 56%
	Arvejas	1156 a 1360	2 empresas concentran 39%
	Duraznos en almíbar	894 a 1031	3 empresas concentran 43%
	Tomates al natural	1019 a 1585	2 empresas concentran 39%
Galletitas	Dulces	2852	2 empresas concentran 73%
	Saladas	2963	2 empresas concentran 77%
Gaseosas	Base cola	4176 a 4432	2 empresas concentran 84%
Lácteos	Leche fresca entera	2565 a 3627	2 empresas concentran 65%
	Leche en polvo	2333 a 3099	1 empresa concentra 46%
	Leche chocolatada	3827	2 empresas concentran 77%
	Yogures	4172	3 empresas concentran 74%
Pan industrial	Pan lactal	3939 a 4065	2 empresas concentran 89%
	Bollería	2588 a 3999	1 empresa concentra 62%
Pastas	Pasta seca	1033 a 1762	3 empresas concentran 51%
Combustibles Líquidos	Expendio	1981	4 empresas concentran 73%
Telecomunicaciones	Telefonía Celular	3290	4 empresas concentran 100%
Televisión	TV cable	2237	2 empresas concentran 65%
Agroquímicos	Curasem. maíz y girasol	4073	1 empresa concentra 88%
	Defoliantes	6414	1 empresa concentra 79%
	Nematicidas	3130	1 empresa concentra 63%
	Acaricidas	4116	2 empresas concentran 85%
	Herbicidas, gramic.	2468	3 empresas concentran 77%
	Insecticidas piretr.	2110	1 empresa concentra 40%
	Fungicidas	1524	3 empresas concentran 74%
Cemento	Cemento	3647	3 empresas concentran 96%
Fertilizantes	Urea granulada	5996	2 empresas concentran 79%
Gas	GLP a granel	1386	4 empresas concentran 73%
Gases medicinales	Oxígeno líquido	2751	3 empresas concentran 89%
	Oxígeno gaseoso	3104	3 empresas concentran 92%
Petróleo	Refinación	3551	3 empresas concentran 90%
Petroquímica	Etileno	8674	1 empresa concentra 93%
	Tolueno	5072	2 empresas concentran 100%
Siderurgia	Chapa laminada cte.	7234	1 empresa concentra 84%
	Chapa laminada frío	9802	1 empresa concentra 99%
	No planos	2946	4 empresas concentran 72%

* Índice HHI: índice de concentración de ventas, su máximo posible es 10.000. De 2.000 en adelante se trata de mercados altamente concentrados.

Fuente: José Sbattella, (2008).

Esta morfología juega a favor de la inflación, porque las firman aprovechan los

²⁴ Véase Robinson, J. (1973).

incrementos de la demanda para aumentar sus precios y sus márgenes de ganancia, a expensas del bienestar del resto de la sociedad.

Los ciclos de crecimiento vienen de todos modos acompañados de procesos inflacionarios con reajuste de precios relativos. No obstante, la inflación tiene que ser entendida en el marco de la problemática argentina particularmente sensible al tema: sus consecuencias negativas han castigado principalmente a los sectores populares y medios, con una disminución del consumo y de los salarios reales, procesos agravados en las hiperinflaciones de los años '80 y principios de los '90. Pero estos mismos sectores, y sobre todo los vinculados al aparato productivo, sufrieron aún más con las políticas deflacionarias. Desde esta perspectiva, la presencia de una tasa de inflación moderada es un dato que hay que tener en cuenta pero que no debe desviar la atención del objetivo principal: un crecimiento sostenido, sobre la base de la reconstitución del tejido productivo y de una mayor equidad social.

En 2009 la crisis internacional enfrió la actividad económica, y también los precios y en el 2010 el pronóstico de inflación oficial contenido en el presupuesto nacional prevé un 6,1% para todo el año mientras los privados muestran cifras mucho mayores, de dos dígitos, con una gran dispersión. Pero en relación con el pasado la inflación se mantiene en niveles muy moderados. Especialmente habida cuenta de que la rigidez de oferta todavía persiste luego de tres décadas de desindustrialización, y que los mercados se volvieron más concentrados en Argentina y en el mundo. También se mantiene la restricción externa, como lo muestra el rápido crecimiento de las importaciones desde 2003, traccionadas por la expansión del producto bruto, a pesar de la instauración de mecanismos como las licencias no automáticas y otros para tratar de cuidar ese recurso escaso que son las divisas. No puede soslayarse que la deuda externa, a pesar de un canje exitoso, todavía es elevada y sus servicios son demandantes de moneda internacional, como también lo es la remuneración del capital externo radicado en el país. Pero no se advierte desmesura monetaria o fiscal que encienda luces amarillas, ni tampoco aquel atraso cambiario que incuba las peores pesadillas de desempleo, recesión y deuda, como en el 2001. Hubo, en cambio, un largo período de superávit fiscal y externo y gracias a la coyuntura favorable de los precios internacionales, las reservas en divisas alcanzaron los niveles más altos en la historia argentina. Las retenciones, por su parte, impidieron un aumento sensible de los precios internos.

Como corolario puede afirmarse que con un tipo de cambio fijo y sobrevaluado tuvimos deflación y desocupación mientras que, con la recuperación posterior, asistimos a un proceso de crecimiento sostenido y a una inflación todavía moderada para las pautas argentinas. Recordemos que dos de los picos máximos de crecimiento del PBI en los últimos cincuenta años fueron en 1964 y 1965 con el 10,3 y el 9,1 por ciento, respectivamente, acompañados por índices de inflación del 22,2 y el 28,6 por ciento, en cada uno de esos años.²⁵

Los economistas ortodoxos han puesto a la estabilidad de precios como un pilar de la política económica. Sabemos que la inflación es dañina, pero los efectos son distintos si la economía combina precios que crecen moderadamente con un aparato productivo funcionando a pleno y una baja tasa de desempleo, que si los precios no crecen o descienden, las industrias quiebran, el desempleo es del 20% y casi el 50% de la población está por debajo de la línea de pobreza, como en el 2001-2002. Por otra parte, la historia nos enseña que los programas de estabilización han terminado, generalmente, en grandes recesiones, y el último ejemplo palpable fue la convertibilidad y el "uno a uno", basados en un endeudamiento externo explosivo que provocó la crisis más profunda de la historia argentina. Como apuntara Keynes, debe recordarse que "mientras que la inflación, aligerando la carga de la deuda pública y estimulando a las empresas, ofrece una ventaja que puede ser puesta de un lado de la

²⁵ Ibídem, pp. 471 y 472.

balanza, la deflación no aporta ninguna compensación".²⁶

De todos modos, para vencer estructuralmente a la inflación es necesario desarrollar sectores productivos con elevado valor agregado, incentivar la innovación tecnológica, la inversión pública y privada, y robustecer el mercado doméstico a través de la plena ocupación en empleos formales, y de la creación de puestos de trabajo de alta productividad. Por último, terminar de desmontar los mecanismos que favorecen la especulación financiera frente a la producción. Falta todavía completar muchas de estas tareas, pero el camino está trazado. Es de esperar que nunca más retornen los ajustes inmoladores del presente en pos de un futuro que jamás llegará a la otra orilla.

Apéndice 1: CRECIMIENTO O INFLACIÓN: ¿UN FALSO DILEMA? 1945-2007

Una cuestión esencial, que está hoy día en la boca de muchos, es analizar la relación entre el fenómeno de la inflación y el crecimiento económico. En este sentido la historia económica argentina permite hacer algunas comparaciones elementales que ayudan a comprender mejor las vinculaciones entre ambos factores, ahora y en el pasado reciente.

Dejemos de lado el hecho bien conocido de las hiperinflaciones, todas las cuales se produjeron desde 1976 (444%), en forma paralela con los esquemas de financiarización de la economía, desindustrialización y endeudamiento externo que rigieron entonces. Se padecen, en especial, alzas bruscas de precios a principios de la década del '80, una aceleración en 1988 y picos máximos en 1989 (cuando se alcanza una cifra astronómica de más del 3000 %) y en 1990. Fenómenos acompañados con fuertes caídas del PBI.

Es más bien en el período anterior, 1945-1975, marcado por un proceso de industrialización que tuvo tasas de inflación promedio del 20% (y picos del 50 a más del 100%), donde encontramos cifras que se parecen a las actuales, pero con un desarrollo productivo y una distribución de ingresos mucho mejor que lo que vino después.

El primer ejemplo son los tres años que van de 1946 a 1948, con tasas de crecimiento del 8,9%, el 11,1% y el 5,5% y de inflación del 17,6%, 13,6% y 13,1%. Y un período más relevante, por su duración, entre 1964 y 1974, con 11 años ininterrumpidos de tasas de crecimiento positivas aunque no tan altas como en el actualidad. Los picos máximos fueron en 1964 y 1965 con 10,3% y 9,1%, si bien se observan índices de inflación más elevados: el 22,2% y el 28,6% respectivamente. Hubo también años de muy baja inflación (un solo dígito) como 1953, 1954 y 1969. Además, en esa época la desocupación no pasaba la barrera del 6% en promedio.

No es posible hacer una comparación con las tasas de crecimiento positivas y los procesos deflacionarios de parte de los años '90 porque tuvieron por correlato, durante su transcurso y sobre todo en sus momentos finales, un retroceso significativo en todos los indicadores económicos y en las condiciones de vida de la población.

En cambio, desde el 2003 los índices de crecimiento no bajan del 8 al 9% anual y los de inflación oscilaron entre un 10% y un 12% anual en 2006 y 2007, con una tasa de desempleo en descenso y una reducción de la pobreza. Por otro lado, aunque este año se estime extraoficialmente un índice real de inflación mayor al 15%, el crecimiento sigue sosteniéndose al mismo ritmo del año anterior.

Estos ejemplos contradicen a ciertos economistas ortodoxos que han puesto a la estabilidad de precios como una meta crucial entre los objetivos de toda política económica descuidando otros aspectos. La primera cuestión consiste en insertar la lucha contra la inflación en el lugar que le corresponde dentro de esos objetivos. Las prioridades son distintas si la economía combina precios relativamente altos con un aparato productivo funcionando a pleno. O si los precios no crecen o descienden pero las industrias quiebran, la tasa de desempleo supera el 20% y casi la mitad de la

²⁶ Keynes, J. M. (1997b), p. 176.

población se encuentra bajo la línea de pobreza. O cualquier combinación intermedia.

La segunda cuestión, en cambio, tiene que ver con la búsqueda de recetas adecuadas. La historia nos enseña que los programas de estabilización han terminado, generalmente, en grandes recesiones, y el último ejemplo palpable fue la convertibilidad y el “uno a uno”, basados en un endeudamiento externo explosivo que provocó la crisis más profunda de la historia argentina y la caída en el *default*.

Los ciclos de crecimiento productivo (no simples productos del endeudamiento) vienen acompañados casi siempre de procesos inflacionarios, aunque la inflación tiene que ser entendida en el marco de la problemática argentina particularmente sensible al tema: sus consecuencias negativas han castigado principalmente a los sectores populares y medios, con una disminución del consumo y de los salarios reales, procesos agravados en las hiperinflaciones de los años '80 y principios de los '90. Pero estos mismos sectores sufrieron aun más con políticas deflacionarias, que afectaron gravemente el empleo y el aparato productivo.

La presencia de una tasa de inflación por el momento moderada, es un dato que hay que tener en cuenta pero que no puede empañar lo que constituye el objetivo principal de un país en desarrollo: un crecimiento sostenido sobre la base de reconstituir el mercado interno, mejorar la inserción argentina en el mundo, volver a la plena ocupación y hacer más equitativa la distribución de los ingresos

Cuadro N° 5: Crecimiento e inflación

Año	(1) PIB %	(2) Inflación %	(1) / (2)	Año	(1) PIB %	(2) Inflación %	(1) / (2)	Año	(1) PIB %	(2) Inflación %	(1) / (2)
1945	-3,2	19,9	-6,2	1966	0,6	31,9	53,2	1987	1,8	174,8	97,1
1946	8,9	17,6	2,0	1967	2,6	29,2	11,2	1988	-3,0	387,7	-129,2
1947	11,1	13,6	1,2	1968	4,4	16,2	3,7	1989	-4,4	3079,5	-699,9
1948	5,5	13,1	2,4	1969	8,5	7,6	0,9	1990	-1,8	2314,0	-1285,6
1949	-1,3	31,0	-23,8	1970	6,4	13,6	2,1	1991	10,6	84,0	7,9
1950	1,2	15,6	13,0	1971	4,8	34,7	7,2	1992	9,6	17,5	1,8
1951	3,1	36,7	11,8	1972	3,1	58,5	18,9	1993	5,7	7,4	1,3
1952	-6,6	38,8	-5,9	1973	6,1	60,3	9,9	1994	5,8	3,9	0,7
1953	5,4	4,0	0,7	1974	5,3	24,2	4,6	1995	-2,8	1,6	-0,6
1954	4,4	3,8	0,9	1975	-0,9	182,8	-203,1	1996	5,5	0,1	0,0
1955	4,2	12,3	2,9	1976	-0,7	444,1	-634,4	1997	8,1	0,3	0,0
1956	2,8	13,4	4,8	1977	6,0	176,0	29,3	1998	3,9	0,7	0,2
1957	5,1	27,7	5,4	1978	-3,9	175,5	-45,0	1999	-3,4	-1,1	0,3
1958	6,1	22,5	3,7	1979	6,8	159,5	23,5	2000	-0,8	-0,9	1,1
1959	-6,4	113,7	-17,8	1980	0,7	100,8	144,0	2001	-4,4	-1,1	0,3
1960	7,8	27,3	3,5	1981	-6,2	164,7	-26,6	2002	-10,9	25,9	-2,4
1961	7,1	13,5	1,9	1982	-5,2	343,3	-66,0	2003	8,8	13,4	1,5
1962	-1,6	28,1	-17,6	1983	3,1	433,7	139,9	2004	9,0	4,4	0,5
1963	-2,4	24,0	-10,0	1984	2,2	688,0	312,7	2005	9,2	9,8	1,1
1964	10,3	22,2	2,2	1985	-4,6	385,4	-83,8	2006	8,5	10,9	1,3
1965	9,1	28,6	3,1	1986	5,8	81,9	14,1	2007	8,7	8,8	1,0

Fuente: INDEC

CUADRO N° 6
Inflación y crecimiento en años seleccionados
(crecimiento mayor al 7%)

Año	(1) PIB %	(2) Inflación %	(1) / (2)
1946	20,0	31,2	1,6
1947			
1960	14,9	40,8	2,7
1961			
1964	19,4	50,8	2,6
1965			
2003	35,5	38,5	1,1
2004			
2005	15,7	17,4	1,1
2006			
2007	15,7	34,8 (*)	2,2
2008			

Fuente: INDEC, * duplicando inflación oficial

Apéndice 2: SOBRE ESTADÍSTICAS PROPIAS Y AJENAS. LA EXPERIENCIA FRANCESA

El mundo desarrollado se rige por principios diferentes a los que creemos en la Argentina, aunque en muchos casos padece los mismos problemas. La cuestión viene a cuento de varios artículos u opiniones que se publicaron casi simultáneamente con el estallido de la crisis en Francia. En uno de ellos, del prestigioso diario *Le Monde*, referido a nuestro país, publicado en agosto de 2008, se decía que la manipulación de las cifras de inflación suscitaba la desconfianza de los inversores extranjeros y que ciertos analistas evocaban un posible *default* en las deudas pendientes, a pesar del crecimiento “a la China” que se había registrado en los últimos años.

La paja se ve mejor en el ojo ajeno. Francia, por mencionar ese país y no otros de igual o mayor nivel de desarrollo en Europa o en el mundo, padece una recesión provocada por el efecto negativo simultáneo de la crisis de las *subprime* y el aumento de los precios de los alimentos y del petróleo. A lo que se agrega un proceso inflacionario que hace recordar las épocas de estanflación de los años setenta.

En el segundo trimestre de 2008 la actividad económica del país galo comenzó a estancarse o retroceder. Y no sólo se detuvo el crecimiento: también subió la tasa de desempleo por primera vez desde el 2003. La Banca Europea, siempre dura en sus posiciones en defensa del euro (que comenzó a disminuir su cotización con respecto al dólar) se dio cuenta muy tarde que una recesión puede ser peor que la inflación.

Sin embargo, este escenario negativo no se termina aquí. Varios analistas están aún más preocupados porque no confían en las propias estadísticas que brinda un organismo tan respetable como el *Institut National de la Statistique et des Études Économiques* (INSEE), colega galo de nuestro cuestionado INDEC. Si resulta verdad que esas estadísticas no se corresponden con la realidad en términos no sólo de precios, sino de empleo o de crecimiento, estamos frente a un mal que pareciera tener aires criollos. Se plantea incluso la cuestión de que el problema no es reciente sino que tiene ya varios años de existencia (es decir de índices equivocados o truchos), sobreestimando el poder de compra de los franceses. Al igual que aquí, allí se dice que la experiencia que viven los consumidores frente a los estantes de los supermercados es más fiable que las encuestas mensuales del INSEE. Una cuestión que preocupa son los distintos niveles de consumidores, lo que lleva a proponer la

confección de índices “personalizados” o, dicho más apropiadamente, por grupos de ingresos.

Algunas consultoras privadas, que también existen, confeccionan en forma separada, índices propios que ponen en tela de juicio los indicadores oficiales. Algo que para nosotros se parece a un *déjà vu*, para recordar una expresión propiamente francesa.

El caso de las estadísticas de empleo resulta aún más grave, cuando se advirtió que los resultados de la encuesta del 2006 no validaban los discursos gubernamentales con respecto a una baja de la desocupación. Hubo que volver a rehacer todos los cálculos y diferir nueve meses los resultados de la encuesta procediendo a modificaciones metodológicas, en especial sobre la definición de desempleo. Los nuevos cálculos aún reflejaban una mejora en los niveles de ocupación para aquel año, pero la duda sobre los procedimientos empleados quedó pendiente. Lo mismo ocurrió con las previsiones de crecimiento para 2008, que se estima será el 1,6% en lugar del 2 al 2,5% que había calculado el gobierno en la ley de finanzas de 2008 en función de datos del mismo organismo.

Para peor, ese crecimiento correspondería a un efecto de arrastre del 2007 e involucraría sólo el primer trimestre, estimándose un aumento casi nulo del PIB para los tres últimos trimestres. Inflación en alza, devaluación de la moneda, débil crecimiento y, todavía, estadísticas dudosas. Y aún así se desconfía de la Argentina señalando la existencia de un escenario parecido: desaceleración del crecimiento, aumento del riesgo país, proceso inflacionario e indicadores no fiables. La diferencia entre uno y otro país parece ser que uno es normalmente deudor y el otro acreedor y que este último puede cometer los errores del primero teniendo el derecho a crítica.

Volviendo al tema estrictamente estadístico, nadie puede discutir la necesidad de que una información veraz no es sólo útil para analizar el estado de salud de una economía sino también para poder aplicar políticas económicas más adecuadas con el propósito de salir de una crisis o, en una situación favorable, mejorar los índices de crecimiento, los niveles de empleo o el poder de compra de la población.

Pero, en realidad, como señala el gran matemático Oskar Morgenstern, “las estadísticas económicas y sociales se basan con frecuencia en (...) mentiras deliberadas de varios tipos”. Aun los Estados Unidos no están exentos de esta dolencia. Según el mismo autor el presupuesto de algunas agencias gubernamentales, como la CIA, alcanza grandes magnitudes pero está oculto en una multitud de otras cuentas del presupuesto federal, impidiendo conocer así su valor e invalidando la veracidad de esos números. Los índices de precios y rubros básicos han sido también muchas veces cuestionados, como en estos días lo está siendo el cálculo de la tasa de crecimiento del PIB.

Un ejemplo histórico, recuerda Morgenstern, es el del venerable Banco de Inglaterra, que publicó durante años estadísticas deliberadamente erróneas respecto a sus reservas de oro, poniendo parte de ellas bajo el rubro “otros activos”. Esto lo hace concluir: “Si gobiernos respetables falsifican la información con propósitos políticos, si el Banco de Inglaterra miente y oculta o falsifica los datos, entonces ¿cómo puede esperarse que operadores menores en el mundo de las finanzas sean siempre sinceros?”

Y aquí podemos ver la “ligereza” con que se mueven las famosas calificadoras del “riesgo país. Sus verdaderos dictámenes sobre la salud económica de títulos y acciones gubernamentales han fracasado numerosas veces en el pasado como para ser creíbles. Así exaltaron los títulos o valores de Corea del Sur o México antes de sus dos formidables crisis en 1997 y 1995. ¿Por qué no mentir si los gobiernos mienten, sobre todo cuando estas opiniones están ligadas a especulaciones financieras ocultas detrás del escenario?

La Argentina no es entonces una excepción en el mundo, pero se debe conocer lo que ocurre más allá de sus fronteras. Si esto no disculpa ninguna política gubernamental, nos pone los pies sobre la tierra. El país está en un proceso de

recuperación económica que lleva ya cinco años y es necesario tener estadísticas fiables a fin de poder mantener este proceso, controlar variables y mejorar la distribución de los ingresos. Pero se necesita sincerar las cuestiones que están en juego cuando se juzga el desempeño del país afuera y adentro, sin por eso pretender ver la paja en el ojo ajeno.

Bibliografía

- Asensio, Miguel A., "Breves consideraciones sobre la inflación y la experiencia inflacionaria argentina", *Revista de Ciencias Económicas*, N° 1, Santa Fe, 1981.
- Asselain, Jean-Charles, *Histoire Économique du XXe siècle. La montée de l'État (1914-1939)*. Presses de Sciences Po & Dalloz, París, 1995.
- Braun, Oscar y Joy, Leonard, "A Model of Economic Stagnation. A Case Study of the Argentine Economy", *Economic Journal*, diciembre de 1968.
- Brenta, Noemí, *Argentina atrapada. Historia de las relaciones con el FMI, 1956-2006*. Ediciones Cooperativas, Buenos Aires, 2008.
- Cortés Conde, Roberto, *Dinero, deuda y crisis, Evolución monetaria y fiscal de la Argentina (1880-1890)*, Sudamericana, Buenos Aires, 1969.
- Díaz Alejandro, Carlos, *Devaluación de la tasa de cambio en un país semiindustrializado. La experiencia argentina 1955-1961*, Editorial del Instituto Torcuato Di Tella, Buenos Aires, 1966.
- _____, *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 2002.
- H. S. Ferns, *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, Solar Hachette, Buenos Aires, 1974.
- Fisher, Irving, "The Debt-Deflation Theory of Great Depressions," *Econometrica*, 1(4), 1933.
- Friedman, Milton, *Inflation: causes and consequences*. Asia Publishing House, Nueva York, 1963.
- Frigerio, Rogelio, *Las corrientes del pensamiento económico argentino*, Conferencia en el Centro de Estudios Nacionales, Buenos Aires, 24 de agosto de 1966.
- Keynes, John Maynard, *Teoría General de la ocupación, el interés y el dinero*, FCE., México, 1977.
- _____, "Consecuencias sociales de los cambios en el valor del dinero" en *Ensayos de Persuasión*, Ediciones Folio, Barcelona, 1997a.
- _____, "Fines alternativos de la política monetaria" en *Ensayos de Persuasión*, Ediciones Folio, Barcelona, 1997b.
- Lavagna, Roberto, *Conferencia dictada en el Colegio de Graduados de Ciencias Económicas de la Ciudad de Buenos Aires*, 1979.
- Olivera, Julio Hipólito, *Inflación y estructura económica*. Conferencia pronunciada en el Departamento de Graduados de la Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires, 1961.
- _____, *On structural Inflation and Latin-american 'Structuralism'*. Oxford Economic Papers, 16(3), noviembre 1964.
- Prebisch, Raúl, "Anotaciones sobre nuestro medio circulante", en *Obras, 1919-1948*, Tomo 1, Fundación Prebisch, 1991.
- _____, "El falso dilema entre desarrollo económico y estabilidad monetaria" en *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*, México: Fondo de Cultura Económica, México, 1963..
- Rapoport, Mario, *Historia Económica, Política y Social de la Argentina (1880-2003)*. Emecé, Buenos Aires, 2008.
- Rapoport, Mario, *Las políticas económicas en la Argentina. Una breve historia*, Booket, Buenos Aires, 2010.
- Robinson, Jean, *Economía de la competencia imperfecta*. Martínez Roca, Barcelona,

1973.

Sbattella, José, *La Concentración Económica en Argentina. Rol de las instituciones del estado*. Documento presentado en el I Seminario IDEHESI "Proyectos de Nación en Argentina, Identidad, Relaciones Internacionales y modelos económicos", Rosario, septiembre de 2008.

Scalabrini Ortiz, Raúl *Política británica en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Plus Ultra, 2001.

Silberstein, Enrique, *Los ministros de economía*, CEAL, Buenos Aires, 1979.

Williams, John H., *Argentina International Trade under inconvertible paper money 1880-1900*. Harvard University Press, 1920.

Terry, José Antonio, *La Crisis. 1885-1892. Sistema bancario*, El Ateneo, Buenos Aires, 1893.

Vitelli, Guillermo, *Cuarenta años de inflación en la Argentina: 1945-1985*. Legasa, Buenos Aires, 1986.